

Miquel Dolç

UNA CONTRASEÑA REALISTA.  
JOAN FUSTER ANTE EL PAÍS VALENCIANO

A los diez años de haber publicado Joan Fuster *El País Valenciano*, acompañado de un impresionante material fotográfico de Ramón Dimas, en la colección «Guías de España» (de Ediciones Destino), nos parece realmente increíble la recepción que le dispensó la sensibilidad «indígena» –al menos un sector de esta sensibilidad– hasta provocar un escándalo de proporciones frenéticas. La orquesta estuvo bien dirigida, funcionó a la perfección, casi sin protestas. «Una preciosa quantitat d’ira» –recuerda Fuster– se desató sobre su persona a través de los diarios, de las tertulias de fuerzas vivas, de los despachos oficiales y hasta de alguna triste sucursal bancaria. ¿Es que, en realidad, había estallado un movimiento de histerismo colectivo, desenfrenado, que llegó a proyectarse con impulsos violentos sobre la opinión pública? Lo cierto es que la maniobra culminó en un jolgorio de estilo «inquisitorial»: la quema en efígie del escritor en media docena de fallas. Nadie discutirá la reciente afirmación de Joan Fuster: «Mai no m’he concitat una tan enorme massa d’interès i de publicitat com la que aleshores vaig aconseguir».

Mera comprobación de un hecho, claro es, no deseo de añadir leña a la hoguera. El mismo Fuster, después de presenciar su ingreso en aquella especie de «martirologio», se extraña hoy del alboroto que, a fines de 1962 y comienzos de 1963, desencadenó, sin habérselo propuesto, en su tierra nativa. Serán muchos, de seguro, los que participarán de su asombro. No en vano ha transcurrido este decenio, noblemente dedicado, como escasos períodos precedentes, a una labor de revisión crítica y reconsideración de las propias virtudes y limitaciones. De aquí que, al reeditarlo en la lengua en que fue originariamente pensado, el texto catalán de *El País Valencià* no sufra alteraciones ni enmiendas a pesar de que la fisonomía «social» de aquellas comarcas haya experimentado no pocos cambios en los últimos años. El escritor, sincero consigo mismo y con los demás, lo confiesa así previamente, sin posibilidad de equívocos: «He decidit mantenir les deficiències de l’original primitiu, fins i tot més notòries». Ni siquiera ha puesto al día su relato: «M’estimo més que continuï dient el que digué quan va publicar-se, com a dada objectiva i com a visió personal. Si algun valor té, és aquest».

Pero *El País Valencià* va acompañado ahora de una serie de artículos dispersos, largos o breves, que, en cierta medida, atenúan la decisión de Joan Fuster. Los analizaremos más adelante. La nueva versión catalana del libro, en efecto, está integrada en un volumen titulado, según un módulo ya clásico, *Viatge pel País Valencià* y forma el tomo III de las *Obres Completes* del escritor (Barcelona, Edicions62). Su aparición ha casi coincidido con la conmemoración de los quinientos títulos en catalán logrados, en el espacio de nueve años, por la notable empresa editora, una de las más audaces plataformas jamás creadas para el lanzamiento de la cultura del país. Este honor correspondió en rigor, por lo que alcanzan mis conocimientos, a *Miró llegit*, un libro de crítica artística estructural, fuera de serie, de Alexandre Cirici. Pero la aparición casi

simultánea de *Viatge pel País Valencià* parece ennoblecer o robustecer simbólicamente la efeméride: desde sus mismos comienzos, en efecto, aquella aventura editorial, impulsada por un puñado de jóvenes, casi adolescentes, se propuso cubrir las necesidades y responder a los anhelos renovadores de todas las tierras de habla catalana; alimentando, incluso, un ansia de universalización, mediante las traducciones, como índice de un nuevo resurgimiento espiritual y cívico. No podía ser de otro modo, ésta es la verdad.

Gracias a *Nosaltres, els valencians* fue precisamente Joan Fuster uno de los que marcaron con mayor energía los albores de la ambiciosa tarea, proseguida luego sin tregua entre satisfacciones y marejadas. No sólo se consagraba entonces el escritor de Sueca como un *littérateur* completo e independiente, sino que abría a la «valencianidad» unos cauces nuevos, en contraste con los esquemas vigentes, y la sometía en bloque y en detalle a los postulados de su personal interpretación. ¿Sólo «personal»? En realidad, Joan Fuster no hacía sino enjuiciar la historia de su tierra según las leyes ópticas de la ciencia actual. Frente a las fáciles exhibiciones de un triunfalismo de exportación, tan vinculado con toda postura estadiza, irracional, Fuster adoptaba una actitud beligerante, realista, incómoda. Él mismo la ha definido con su típico desenfado: «Com que no sóc dels qui amaguen l'ou, ho designaré amb el terme alhora vague i inequívoc de “militància”». No era Fuster el primero en ocupar esta trinchera. El aspecto inédito, incluso molesto, de su actitud consistía quizás en el acento provocativo —«i no era gaire provocatiu, al capdavant»— de la redacción.

En estos términos plantea modestamente Joan Fuster el problema de sus escritos referentes al país valenciano. Pero él mismo no ignora que no es cuestión de forma, sino de contenido: cuestión de suplir unos tópicos, sintetizados en tonadillas al dictado de «València, jardí de flors...», por la dura realidad de un país tremendamente inconexo y diversificado, desde los vergeles feraces a la pura aridez mineral, y, no obstante, dotado de una rica personalidad. Es preciso —y aleccionador— observar cómo las teorías del escritor han abierto un camino paralelo, e incluso idéntico, al que ha trazado entre la juventud estudiosa el magisterio de los últimos profesores de Historia —Tarradell, Jover, Reglà, Giralt, Ubieto— de la Universidad de Valencia. De dicha unión o coincidencia han brotado los más conspicuos frutos de la actual historiografía y movimiento editorial de este pueblo «individualitzat, peculiar, concret»: las colecciones «Garbí» y «Tres i Quatre».

Por habernos precedentemente referido a ellas desde esta misma rúbrica, no vamos a insistir ahora en los méritos que ambas encierran en sus diversos títulos, proyectados sobre múltiples temas, los más diversos, del país valenciano. Podemos, con todo, hacer una excepción a favor de dos libros de la segunda de dichas colecciones, pertenecientes a la serie «La Unitat», por tratarse de obras aún no reseñadas por el comentarista: *Blasco Ibáñez: política i periodisme*, de F. León Roca, y *La Inquisició al País Valencià*, de Manuel J. Ardit. Son suficientes los dos títulos para comprender hacia qué direcciones tan distantes de la historia se lanza la atención de los actuales investigadores valencianos. Sólo explotando esta variedad de parcelas se llegará un día a la posibilidad de revisar y enmendar tópicos, de llenar huecos y descubrir la fisonomía

de un pueblo tan malparado por la suficiencia triunfante de unos y la ignorancia de otros.

¿Qué se sabía, en verdad, hasta hoy, incluso a nivel de eruditos, sobre las peripecias de la Inquisición implantada por los Reyes Católicos en el país valenciano? No debía de ser mucho, cuando se ha fantaseado tanto, entre los optimistas y bien intencionados, sobre las posibles causas del voluntario exilio del humanista Lluís Vives, que el judaísmo de la familia del filósofo explica por sí solo con aplastante acopio de pruebas: su padre, librado a la muerte por el fuego; su madre, ya difunta, condenada a la cremación en sus huesos. Baste el alucinante ejemplo. No es que Manuel J. Ardit se haya propuesto, con *La Inquisició al País Valencià*, hacer un trabajo de síntesis, científico y ordenado, sobre el tema, para lo que se necesitan todavía muchos años de estudio. Su libro, confiesa humildemente, no es «ni tan sols una aproximació» a la historia del famoso tribunal. Después de una prolongada permanencia en la soledad de archivos y libros especializados, ha creído que tenía bastante con ofrecer una «antología» de textos representativos, que, con su marcado relieve, abarcan desde el establecimiento de la Inquisición en el país valenciano hasta su decadencia y abolición en los siglos XVIII y XIX, a través de sus relaciones con judaizantes, erasmistas, moriscos, enciclopedistas y derrotistas. La transcripción de los documentos, inteligentemente comentados, es suficiente para medir las proporciones del drama: con su terrible frialdad, aplicada a la familia Vives, a Jeroni Conques, al almirante de Aragón don Sanç de Cardona, a fra Pelegrí Queralt o a Josep Climent, obispo valenciano de Barcelona, estos expedientes hablan por sí mismos, pese a la evidente complejidad del problema histórico.

Por su parte, F. León Roca, en su *Blasco Ibáñez, política i periodisme*, aborda en la figura del gran hombre de letras una vertiente distinta de la usual, al determinar previamente que conocemos a Blasco Ibáñez como novelista, pretendemos conocerlo como hombre, pero «no el coneixem en absolut com a periodista». Y sin esta comprensión de aquel «sembrador de rebeldías contra lo existente», casi ajeno a la del novelista, casi marginal al Blasco Ibáñez de las *Obras Completas*, resultará siempre vano el intento de valorarlo en su integridad. Sí, quizá la ingente labor del periodista y político no sea más que el andamio de un edificio que se utiliza y luego se desprecia. Pero el estudio «d'aquesta bastida té un interès peculiar: en permet de valorar l'obra total des del seu basament inicial». F. León Roca ha emprendido esta tarea con notable empeño, minuciosidad y claridad de ideas, para demostrar hasta qué punto la enorme producción no recopilada del novelista puede acercarnos a «un Blasco Ibáñez ampli, potent i humà». Como muestra del rigor ejercido por el investigador podríamos aducir la relación de artículos periodísticos publicados en *El Pueblo* de 1894 a 1906. No se obtiene sólo así, por supuesto, un rostro más completo de agresivo periodista, dedicado a combatir la injusticia, la arbitrariedad, la explotación. La veintena de años que se abren a una y otra parte del último cambio de siglo, y forman aproximadamente el núcleo del libro, cubren una época, sobre crítica, también confusa y poco conocida, particularmente «vulnerable als prestigis personals, a les actituds apoteòsiques». Poseemos así una nueva versión histórica del momento, gracias al conocimiento de un hombre de primera línea, más conocido por su leyenda espectacular que por su ideal de hombre intransigente y belicoso.

Bien que Joan Fuster sólo haya cultivado esporádicamente este tipo de estudios, ha influido directamente, como decíamos, en su arranque y difusión. Él, por su lado, ha preferido seguir, perfeccionándolos o dándoles nuevo contenido, los innumerables esquemas del ensayo. Pero, claro está, sin hurtar sus extraordinarias dotes de observación, ingenio y análisis a los frutos de la investigación más exigente. ¿Con qué resultados? Él mismo parece darnos la clave de su estilo al precisar en un reciente escrito: «Los llamados ensayistas, ya se sabe, suelen –solemos– tender a las soluciones verbales expeditas, un poco vagas y, por lo general, gracias a esta misma vaguedad, polémicas». No puede *El País Valencià* separarse de esta norma: es todo él, de punta a punta, un enorme ensayo, vivo y entretenido, que se salta a veces las reglas del juego, pero sin dejar de presentarse siempre como un buen régimen higiénico que no a todos ha convencido, pero que mide como un termómetro la sinceridad y ética del escritor.

Por ello al reeditarlo ahora en su versión catalana, dentro del título más amplio de *Viatge pel País Valencià*, ha rechazado la idea de modificarlo o castigarlo, prefiriendo que continúe en su dicción primitiva. Pero lo ha ilustrado –y acrecentado– con dos grupos de artículos que acentúan su carácter de ensayo: «Noves excursions» y «Homes més o menys importants». El panorama del país valenciano se ensancha de esta forma en el doble aspecto de la vida colectiva y del elemento humano. Joan Fuster no sabría, en realidad, sustraerse a las exigencias de ninguno de estos dos polos de atracción. Sólo observándolas incesantemente, sin recelo y sin entusiasmo excesivos, se pueden corregir las costumbres inveteradas y mejorar el juicio vulgar: ser, en última instancia, una contraseña revolucionaria, realista y progresiva. No por esnobismo, sino por convicción. Joan Fuster sólo ha pecado quizá de confiado en este terreno. No podía suceder de otro modo. Por ello, al leerlo, hay quien se rasga inútilmente las vestiduras.

(*La Vanguardia*, 23 març 1972, p. 49)